

que considera al hombre tal como es, y no como quisiera aparecer: que condena la depravada intencion casi tanto como la accion: el peligro voluntario casi tanto como la falta: la apariencia del mal casi tanto como el mal mismo: es en fin, la moral cristiana, de la que dice San Pablo ¹ que *más penetrante que cualquiera espada de dos filos, entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos, y discierne y califica los pensamientos, y las intenciones más ocultas del corazón.*

Esta moral cristiana, carísimos hijos nuestros, deja á los políticos, el cuidado de arreglar las formas exteriores de la sociedad; á los profesores de las ciencias, el de cultivar el espíritu y de formar al hombre para el mundo; á los escritores y literatos el de pulir el gusto de los oradores, de los historiadores y de los poetas; pero se reserva para sí una obra sin comparacion más grande y más bella, que jamás pudo ni aún entrar en el pensamiento de algun sabio ó de alguna escuela, á saber: la de conquistar las voluntades: la de santificar los motivos: la de extirpar hasta sus raices las inclinaciones perversas: la de quitar al hombre su corazón de piedra, para dotarlo de un corazón de carne, renovándolo hasta el fondo de sus entrañas, ó más bien dicho, despojándolo del hombre viejo y revistiéndolo del nuevo, para no dejar en él, nada que no sea digno del Dios de las virtudes, que lo ha formado á su semejanza y á su imágen. ¿Qué viene á ser, al lado de esta moral divina, esa otra moral de los sabios del mundo, que no sabe formar mas que hombres de parada y de teatro; que no inculca deberes, sino conveniencias; que no enseña virtudes, sino consideraciones y procederes; que se cree sabia, porque es astuta y advertida; que se abstiene de lo malo, no porque es malo, sino porque es nocivo; que se ocupa más de la reputacion del hombre, que de su conciencia; que cuida más de su conducta visible, que de sus inclinaciones; que se aflige por sus indiscreciones, más que por sus desórdenes; que lo arregla y compone sin cambiarlo; que lo reprime y contiene, sin enmendarlo; que lo hace reservado, pero no justo; honrado á lo mundado, pero no virtuoso?

Pues hé aquí, sin embargo, padres y madres, lo mejor y más excelente que podeis prometeros de la educacion sin religion y sin fé, que vuestros hijos reciban en esos planteles públicos, en que se desdeñan

¹ Ad Hebraeos, c. 4.

y desprecian las prácticas cristianas, y en que no hay para las creencias católicas de vuestros hijos mas que la mofa ó la ironía, á veces declaradas y á veces encubiertas con cierta afectada reserva, que deja bien traslucir el pensamiento íntimo anticristiano é impío de los directores y profesores. ¿Decidís cambiar para vuestros hijos, enviándolos á tales planteles, la única moral verdadera, que vosotros comenzásteis á inculcarles en el hogar doméstico, por esa moral mundana, que en dichos establecimientos van á aprender, como nos lo acredita todos los dias la más dolorosa experiencia? ¿Lo decidís así, volvemos á preguntaros? Pues bien: tened entendido, que si así obráis, el cambio no habrá sido únicamente para vuestros hijos, sino que vosotros mismos habreis renegado de la moral católica, la habreis despreciado, la habreis conculcado; y que en vano tal vez os llamais todavía cristianos, despues de haberos prestado á semejante especie de apostasía.

Y hemos dicho, *lo mejor y más excelente que podeis prometeros;* porque pluguiera al cielo que aquí parara el daño de la educacion actual en los establecimientos públicos, y que la instruccion misma en las ciencias que en muchos de ellos se enseñan, no estuviera formal é intencionalmente enderezada á extinguir del todo la fé en el espíritu y en el corazón de la juventud. Pero por desgracia tal es la funesta tarea impuesta á no pocos de aquellos establecimientos y colegios, puesto que en filosofia, por ejemplo, se escogen de intento autores y textos *racionalistas ó panteistas:* en Geología y Astronomía, se hacen á un lado los muchos y sabios tratados de estas materias, en que se respeta el dogma cristiano y la Sagrada Biblia, y se ponen en manos de los jóvenes los autores más irreligiosos é impíos, que queriendo servirse de los progresos de estas ciencias como de un poderoso ariete, para derribar hasta sus cimientos todo el edificio de las creencias religiosas fundadas en la Divina Revelacion, rebosan en desprecio y desdén hácia los *Libros Sagrados*, y á cuanto en ellos se nos dice acerca de la vida futura; y así también en la enseñanza de otras varias materias.

El resultado de esto es, que imbuida la juventud en tales ideas, las primeras tal vez que se presentan á su espíritu sobre estas ciencias, ni le ocurre jamás rehacer sus estudios, tomando en sus manos otras obras y otros libros sobre las mismas materias, escritos por sabios aun más esclarecidos y que respetan la Divina Revelacion; ni mucho ménos se ve tentada á leer alguno ó algunos de los eminentes apologistas de la Reli-

gion, que reducen á su valor todo ese aparato científico con que la impiedad combate al cristianismo, siendo por último, la final consecuencia de todo esto, que esa juventud cuyas primeras nociones científicas fueron anticristianas, crece y llega á la edad viril tan anticristiana y descreída como se le formó en los colegios; entra al barullo de los negocios del mundo en el ejercicio de sus respectivas profesiones, en las transacciones mercantiles, en los enredos y peripecias de la política, faltándole aún el tiempo preciso para corregir sus ideas con otras lecturas y otros estudios; y por fin llega á la senectud y á los bordes mismos del sepulcro, tan impía y tan hostil á la Religión, como la hicieron sus profesores del colegio y los libros en que entónces estudió.

Esto es, carísimos hijos en Jesucristo, lo que está ya pasando: como nos lo acreditan la frecuencia siempre en creciente de los casos de suicidio y de los de impenitencia final en jóvenes y en hombres educados de aquella manera, no ménos que la estadística del crimen en las clases algo acomodadas, cuyos hijos son instruidos en aquellos planteles, la cual aumenta cada día en espantosa proporción, llenando de dolor y de angustia los corazones religiosos y rectos, que por favor del cielo todavía no faltan del todo en nuestra desgraciada sociedad. ¿Ni qué otro fruto podrá producir una educación, en que la juventud aprende á no considerar en el *deber* mas que una palabra vana, en la *conciencia* una preocupación, en la *virtud* una quimera? ¿á tener como problemática la *existencia misma de Dios*, ó á formarse un Dios á su manera, es decir, el del racionalista ó del panteísta?

Hé aquí, pues, amados nuestros, el abismo á que conducís, ¿y qué decimos conducís? á que empujáis y arrojáis vosotros mismos á vuestros hijos, confiando su educación científica y profesional á tales colegios y á tales maestros.

Porque, ¿qué garantía queda á una familia sinceramente cristiana, cuyo padre procura tal educación á alguno ó algunos de sus hijos, de que éste ó éstos se preservarán del contagio, y continuarán siendo cristianos en semejantes escuelas ó colegios?

¿Será, por ventura, un preservativo la primera educación del joven en el hogar doméstico? No, ciertamente: porque ni en esta educación primera puede entrar nunca un estudio formal y algo profundo de la Religión, ante el que nada valga el aparato científico con que en el colegio van á ser desde luego atacadas sus creencias; ni aún cuando el

ánimo del joven estuviera preparado con tal estudio, sería éste suficiente para resistir á los combates que va á sufrir su fé, en una edad en que todo conspira en favor del enemigo, así la fuerza y vehemencia de las pasiones, como la ligereza de la adolescencia. Y si en todos, aún en hombres maduros es cierto, como ha dicho un profundo escritor, que cuando el corazón necesita de una teoría, el entendimiento la fabrica y se la presta: ¿qué será en una edad, en que las pasiones hierven y fermentan, estimulando sin cesar al espíritu, y dispuestas siempre á romper el freno en la primera ocasión que se presente?

Pero no contais, se nos dirá acaso, con los consejos y las lágrimas de una madre piadosa, ni con los ruegos y el ejemplo de unas hermanas modelos de virtud, quienes ciertamente impedirán, que los jóvenes naufraguen en su fé, reteniéndolos suavemente con los lazos del amor y del cariño. ¡Vana ilusión, carísimos hijos en Jesucristo! porque ni esos consejos tienen peso alguno para el joven engreído con su propio saber; ni esos ruegos, ni esas lágrimas, ni esos ejemplos, son de alguna eficacia para desvanecer en el ánimo de aquel, las preocupaciones y prevenciones de mala ley que con el estudio y la lectura de pésimos libros, ha concebido y albergado y halagado contra la Religión verdadera que aprendió en su primera edad, sobre las rodillas de su piadosa madre. Si este joven es de buena índole, se enternecerá si se quiere, con los ruegos y las instancias de su madre y de sus hermanas: se prestará tal vez por no disgustarlas, á uno que otro acto exterior de Religión y aún de piedad; pero sea de mala ó de buena índole, se quedará siempre tan descreído y anticristiano, como se ha formado en el colegio.

¡Qué bien haríais, carísimas hijas en el Señor, si en lugar de reservar esas lágrimas, esos consejos y esos ruegos, para cuando vuestros hijos y vuestros hermanos están ya pervertidos, los empleárais un poco ántes, poniéndolos en juego con constancia, ternura y energía, cuando vuestros esposos y vuestros padres tratan de enviar á los jóvenes á las escuelas y colegios anticristianos, á fin de impedirlo á todo trance! Tal es vuestro estricto deber: y ciertamente tendreis que dar á Dios estrecha cuenta de la perdición de esos jóvenes, si no hiciéreis uso en buen tiempo para impedirla, del indisputable ascendiente que os da en la familia vuestro sexo y aun vuestra suave autoridad, si sois madres. Sí: tendreis algún día que dar á Dios terrible cuenta de tan cri-

minal omision, sin que os valga como excusa la debilidad de vuestro sexo; porque aunque es cierto, que en presencia de un marido de carácter feroz y desalmado, muy poco ó nada valen los ruegos y las lágrimas: no ménos cierto es, que semejantes caracteres no son comunes y ordinarios, y que por lo regular una mujer dulce, afable, sufrida, aplicada al gobierno doméstico, que sabe compartir con su marido los trabajos y las penas, que no es vana ni disipada, que á nadie ama, despues de Dios, como á su esposo, y que reconcentra, por decirlo así, toda su vida en servirlo con esmero y aliviarlo, así como en la cristiana crianza de sus hijos; no es ménos cierto, repetimos, que semejante mujer hace cuanto quiere de la voluntad de su marido, y que no hay en el órden doméstico fuerza alguna capaz de resistir á tan suave como eficaz influjo.

Pero no basta en verdad, para la buena y cristiana educacion de la juventud, preservar á los jóvenes de esa instruccion impía y anticristiana de ciertos colegios y establecimientos; sino que se requiere además el mayor cuidado, á fin de que los hijos no reciban dentro de sus propias casas, ejemplos que los desmoralicen y hagan del todo inútil la enseñanza religiosa que se les procura. No es nuestro ánimo insistir particularmente sobre ciertos pésimos ejemplos en cuanto á las costumbres, que los hijos suelen recibir en el mismo hogar doméstico; porque aunque este mal es ahora sin comparacion mucho más general que en tiempo de nuestros padres; sin embargo no depende primera y principalmente de él, ese desenfreno que se nota de algun tiempo á esta parte en la juventud, esa procacidad en la insolencia, en el desórden y aun en el crimen, que causa el pavor y el espanto de todo hombre pensador, respecto del porvenir.

Antes, carísimos hijos en Jesucristo, no faltaban miserias y escándalos, capaces de pervertir á los jóvenes en su moral; pero quedaba, por decirlo así, intacta su fé, y esta preciosa semilla conservada en sus corazones sin lesion, venia por lo regular, casi siempre á producir preciosos frutos, con la conversion y vuelta al órden, pasados los años más críticos de la juventud, y los casos contrarios eran una excepcion. Hoy no sucede así, sino que los jóvenes que en su adolescencia dieron en ser malos, continúan siendo el oprobio de sus familias, y una verdadera plaga para la sociedad, constituyendo realmente la excepcion, los pocos que vuelven sobre sus pasos saludablemente, despues de esa épo-

ca borrascosa de la vida. ¿Por qué esta diferencia entre unos y otros tiempos? Porque hoy, amados nuestros, no solo entre las familias desordenadas, sino aun en aquellas en que se observa tal cual arreglo, se cuida muy poco de que los jóvenes no lean libros perniciosos ó periódicos impíos, de que no contraigan amistades con otros jóvenes descreídos, de que no escuchen conversaciones contra la Religion. Porque hoy, salvas honrosas excepciones, las prácticas de los deberes religiosos se dejan y abandonan á las esposas y á las hijas, mientras que los jefes de las familias, particularmente en ciertas clases sociales, ni oran, ni oyen misa sino rara vez, ni se confiesan en muchos años, ni dan, en fin, positivas muestras de su religion; y los jóvenes, al notar esa indiferencia religiosa de parte de personas tan autorizadas para ellos, como sus padres, concluyen como naturalmente en su interior, que no será la Religion ni una cosa ni un negocio de tan vital y preferente interés, como se los han dicho sus madres, como se los dice el catecismo, y como lo oyen decir á los Sacerdotes en la predicacion.

De aquel descuido en cuanto á sus lecturas y amistades; y de este ejemplo de indiferencia religiosa de sus padres, viene á no dudar, que apénas cumplidos doce años, hagan los jóvenes cuanto pueden, por emanciparse hasta cierto punto de la inmediata vigilancia de la madre respecto de las prácticas de Religion, á fin de seguir en esto el pésimo ejemplo de sus padres: y como de la indiferencia al menosprecio, no hay mas que un paso; y como del menosprecio de la Religion á la impiedad y positivo descreimiento, no hay más que otro, y bien corto; y como á darlo son empujados los jóvenes continuamente por sus perversas amistades de colegio y por sus perniciosas lecturas, consentidas por sus padres: hé aquí que, á la vuelta de muy poco tiempo se tiene ya en el seno de muchas familias católicas, un pequeño *espíritu fuerte*, un imberbe y ridículo imitador de lo que ve y oye en el círculo de sus amigos ó seductores sin religion, ó que afectan no tenerla, un mordaz y continuo censor de las prácticas religiosas más respetables y autorizadas: que cree saberlo todo precisamente porque todo lo ignora, si exceptuamos lo relativo á su profesion, si es que tiene alguna; y que habla y discute y provoca polémicas, venga ó no venga á cuento: y como la impiedad y el libertinaje casi siempre se dan la mano, este joven se arruina y arruina á sus padres en el juego; y se embriaga con desenfreno y desvergüenza; y es la pesadilla y el tormento de los padres